



Pedro Flores

# **Ramillete de Flores**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Flores

## Ramillete de Flores

Primer romance

Cual el furioso león

contra tigre de la Hircania,

o cual la ligera onza

contra pantera de la Asia,

están Tucafel y Rengo

en medio de empalizada.

para acabar la contienda

de mucho tiempo aplazada.

Ya después que mucha sangre

por el campo se derrama,  
y que a los membrudo cuerpos  
vigor y fuerza les falta,  
y después que los escudos  
las lorigas y corazas  
ni sirven para amparar  
a quien los viste y embraza,  
alzó al fuerte Tucapel  
el brazo, y con él la espada,  
con la cual a Rengo abrió  
en la cabeza una llaga,

no siendo parte el escudo

de que Rengo se amparaba

pues con la embrazadura

el crestón y la celada

quedó un rato suspendido

en pies, sin saber do estaba,

y cuando en su acuerdo estuvo

de Tucafel se abraza.

Tucafel le arrojó lejos,

de si la sangrienta espada,

porque no quiere victoria

con armas aventajadas.

Comienzan los dos la lucha

y tan furiosos andaban,

que como niños se arrojan

puños de arena a las caras:

al fin los dos vacilando

la tierra miden sin vara,

siendo de ambos la caída

y de ambos la desgracia,

estando los dos en tierra

sin conocerse ventaja,

salvo el pie y brazo derecho

que Tucapel encabalga,

por lo cual los de su parte

la victoria le aplicaban;

y viendo el Caupolicán

el rumor que se levanta,

como juez que era del caso

se metió en la empalizada,

alzó a los dos de la tierra

y dijo: «rendid las armas,

que yo tomo sobre mí

el cargo de esta batalla,

y ninguno sea osado,

so pena de mi desgracia,

de atravesarse con otro  
en obras, ni con palabras».  
A todos pareció bien  
lo que el Caupolicán manda  
y en sanando los heridos  
hicieron juegos y danzas.

FIN

Segundo romance  
Deseoso el Caupolicán  
de liberar a su patria

y de abatir por el suelo  
la fuerza y valor de España,  
quiso usar de una industria  
principio de su desgracia,  
pronóstico de su muerte,  
desventura y mala andanza;  
para lo cual llamó un indio  
hombre astuto en toda traza,  
sagaz, discreto, atrevido,  
mañero y de mucha audacia  
al cual le dice: «amigo  
a mi me importa que vayas

como indio forajido

do esta la gente de España,

y que como dentro estés

notes el asiento y plaza,

la gente, la munición

los, caballos, gentes, y armas».

No quiso Pran más oír

pensando que en su tardanza

estaba el bien y remedio

de sus amigos y patria.

Con un guanacona habló

para saber lo que pasa,

informarse por entero

de lo que a su cargo estaba.

El guanacóna responde

con intención falsa y mala:

«Haré, Pran, lo que me dices

sin faltar un punto en nada».

Pran le dijo: «si te place

y al parecer no te tardas,

vamos que cerca de aquí

Caupolicán te aguarda».

Caminan los dos apriesa

cuanto el aliento les basta,

recíbelos el Chilcano

con gentil denuedo y gracia

y dice: «joven dichoso,

hoy la nación araucana

pone en tus manos su honra

y yo mi ejército y fama;

a ti se dará el loor

y el premio de la jornada,

conque mediante tu industria

nos des la orden y traza

para entrar dentro en el fuerte

y asaltar la gente y plaza».

Andresillo le responde:

«Pláceme de buena gana,

con más cautela que tuvo

Simón en Troya y su entrada,

y mañana a medio día

cuando la gente cristiana,

se entregue al quieto sueño,

porque la noche haré guarda,

yo daré a Pran cierta seña

y entonces con mano armada

puedes entrar victorioso

y asaltar el fuerte y plaza».

Con esto dél se despide

y luego con faz doblada

a Reinoso cuenta el caso,

siendo traidor a su patria.

Reinoso se lo agradece

con cariciosas palabras,

pero que en saliendo el sol

dé la seña concertada,

y el astuto capitán

con gran cuidado repara,

lo necesario y forzoso,  
la munición y las armas,  
y a don Alonso de Arcila  
le da a una puerta la estancia  
y a todos dice: «señores,  
el silencio no haga falta,  
todos dormidos, despiertos  
estén con solas las caras,  
pero los ojos de suerte  
que no junten las pestañas».

Pran se llegó a Andresillo

dos horas después del alba,

y como vio que la gente  
estaba al sueño entregada,  
salta cual diestro grumete  
sube por la negra jarcia,  
y avisa al Caupolicán  
para que marchando vaya  
tendido el pecho por tierra  
y encubiertas las armas.

Pero el traidor de Andresillo,

ingrato a su propia patria,

da luego la contraseña

diciendo «gente de España,

velad, aunque estéis dormidos,  
que hoy os da el cielo la palma».

A la voz que dio el indio

la gente se puso en arma,

y en otra falsa reseña

los indios entran la plaza.

FIN

Tercero romance

Juntos el mucho valor

de la gente castellana

y la engañada cautela

de la nación araucana.

que piensa de aqueste asalto

llevar el lauro y la palma,

fundados en su valor

y una torpe confianza;

pero la varia fortuna

se le mostró tan voltaria

que dio miserable fin

a sus vanas esperanzas.

Llegan pues los escuadrones

por dos partes de la plaza,

a donde el artillería

furiosamente dispara:

allí se vio en breve espacio

mucho del cuerpo sin alma,

muchas cabezas sin cuerpos

y cuerpos que brazos faltan;

otros llevados las piernas,

otros rotas las espaldas,

otros que por muchas partes

asoman vidas y entrañas;

otros que vertiendo sangre

atónitos procuraban

remediar su corta vida;

otros que en balde trabajan

rompiendo el silencio junto

del artillería y armas.

Sale el famoso de Arcila

con treinta de camarada,

y aguijando los caballos

fuera de la palizada,

atropellando y hiriendo

dan sobre la retaguardia

de los indios que ya viendo

el grande estrago que pasa

se procuran retirar

haciendo del temor alas.

El mísero Pran que vido

el destrozo y mala andanza

de sus amigos, volvió

a meterse entre las armas,

porque no quiere escapar

la vida que ya desama:

y otros que en tiempo tuvieron

opinión de hombres de fama

vuelven a los que los siguen

los pechos, manos y armas,  
diciendo: «abrid, españoles,  
camino hasta las entrañas  
por los invencibles pechos  
que guardan bien sus espaldas;  
pero entre estos de opinión  
Rengo y Tucapel no estaban  
ni Orompello y sus amigos,  
que quedaron en sus patrias  
por no querer consentir  
que se hiciese esta jornada  
con tal cautela y engaño,

diciendo ser reprobada

en milicia la victoria

cuando por traición se alcanza

y que con gente dormida

no pelean sus espadas.

El Caupolicán confuso

su ejército desampara,

y con sólo diez soldados

se metió en una emboscada

para esperar el suceso

que tiene su mala andanza.

FIN

Cuarto romance

Siguiendo de la fortuna

el viento en popa y bonanza

y de los Chilcanos tristes

su fortuna y su desgracia,

y procurando saber

el Caupolicán do estaba,

halló en una ranchería

el de Arcila una chilcana,

moza, hermosa y de quince año,

de gentil donaire y gracia,

dama ilustre al parecer,

afligida y mal llagada.

Don Alonso le pregunta

quién es y cómo se llama;

a quién la india responde:

«es mi propio nombre Lauca

soy hija de Millarauco,

y es mi madre la desgracia:

diome mi padre marido

mancebo y de buena gracia,

bien abundante en nobleza,

habrá un mes, ¡oh suerte avara!

que se publicó esta guerra

y fue lo contra mi alma:

mi dulce esposo seguí

porque el amor me incitaba

a morir y no dejarle,

por ser la prenda de el alma;

contrastome la fortuna

siendo en todo mi contraria,

pues con una bala abrió

un pecho y llevó dos almas;

y viendo estar ya nublado

aquel sol que me alumbraba,

haciale los obsequios

con lágrimas de mi cara,

cuando llegó un español

entre el tropel que pasaba,

el cual con brazo cobarde,

cual de una mujer flaca,

me abrió en la cabeza

una pequeñuela llaga,

desigual de la que rompe

pecho, corazón y entrañas;

dile voces que volviese

a emplear en mi su espada,

teniendo por mejor suerte

morir que vivir penada;

y ya que no hubo clemencia

en aquella mano flaca

suplícote que la tuya

dé fin a esta desdichada.

Don Alonso enternecido

de lo que la india habla,

por haber pagado amor

un tiempo tributo y paria,

le dijo: «no soy tan cruel

ni de nación tan villana.

que he de procurar dar muerte

a quien remedio le falta».

Alimpióle la herida

y limpiándole la cara,

con yerbas se la curó,

medicina en Chile usada,

y a un guanacona le entrega

para que con ella vaya

y que en su casa la ponga

libre sin peligro y salva;

y con toda su cuadrilla

se vuelve para la plaza,

tratando en la desventura

de la india y su constancia:

y queriendo don Alonso

loar a Dido por casta,

le respondió un soldado

ser de opinión bien contraria,

y en competencia de aquesto

de Dido la historia aclara.

FIN

Quinto romance  
En favor de la reina Dido

Ya cuando el dorado Febo

se muestra en el mar de España

dejando en tiniebla oscura

el Mar del Sur y sus playas,

y cuando los afligidos

araucanos lamentaban

su perdición y ruina

y los de España triunfaban,

va don Alonso de Arcila

recogiendose a la playa

tratando por pasatiempo

de Dido la historia larga,

recogiendo la memoria

por ver que a las veces falta

a los que el bélico son

siguen de trompas y cajas.

Habréis de saber, les dice,

que injustamente infamada

fue la casta Elisa Dido

por reina en Tirio aceptada,

y que si Virgilio quiso  
en su Eneida deshonrarla,  
fue porque Augusto Octaviano  
de troyano se jactaba;  
y de que esto sea verdad  
la edad misma lo declara  
que Eneas cien años antes  
fue, que no Dido reinara,  
Cartago setenta al justo  
después de Roma fundada.  
Fue hija del rey Belo Dido  
y con Sicheo casada,

gran sacerdote del templo

de Alcides, que en Tirio estaba,

y a su grande dignidad

sólo el rey se aventajaba.

Dejó el rey solos dos hijos:

Pimaleón, que heredaba,

y el otro la casta Dido,

sin ventura y desdichada,

pues que mató a su marido

la ciega codicia avara,

de Pimaleón su hermano

por tomarle el oro y plata:

hízole suntuoso entierro

la Elisa Dido casta,

no tan suntuoso en riqueza

cuanto cubierto de agua

de la que sus castos ojos

por su Sicheo derraman.

Indignada y afligida

por la traición ya pasada,

a Pimaleón escribe

una bien fingida carta,

que porque se quería ir

al reino donde él estaba  
le envió una grande flota  
de naves bien aprestada,  
en la cual metió de arena  
un gran número de cajas,  
y su tesoro metió  
solo en la nao capitana,  
y porque notorio fuese  
a los que su hermano enviaba  
hizo en el profundo mar  
lanzar las fingidas cajas:  
todos quedaron suspensos

de ver cuán determinada

quiso perder su tesoro

aquella reina indiana:

por otra temen la vuelta

a donde su rey estaba

por el rigor y castigo

que aguardándoles estaba,

y así todos determinan

seguir a la Dido sabia

y servirla por su reina

y no volver a su patria;

por lo cual la astuta Dido

manda que la flota vaya,

la vuelta de Cipro, tierra

amiga y bien deseada.

FIN

Sexto romance  
Segundo en favor de Dido

No el sedicioso cosario

que sulcando el mar de España

buscando la nueva presa

la tiene más deseada,

que los soldados quedaron

con la historia comenzada,

por lo que todos suplican

le dé fin en lo que falta.

Navegando, pues, la flota

llegó con viento en bonanza

al fértil reino de Túnez,

a donde pidió entrada,

y pareciéndole tierra

propia para su morada,

pidió a los naturales

que cuanto un cuero de vaca

le vendan por su dinero,

la cual venta fue otorgada.

Hizo buscar un gran toro,

y su piel bien adobada,

hizo en delicadas tiras

un gran número de varas,

y porque la invención

del papel no era hallada,

y en papel se escribía

llamaban al cuero carta,

y así se llamo Cartago

la ciudad edificada:

levantola de alto muro  
anchos fosos, hondas cavas,  
y puso en ella gobierno  
de gente sabia y anciana,  
que mantuviesen justicia  
sin faltar un punto en nada:  
y fue tanto el buen gobierno  
de Dido, la industria y maña,  
que de muy remotas tierras  
vienen gentes a buscarla:  
y el que por mujer la quiso  
fue el potente rey Yarbas,

el cual, vencido de amor,

sus mensajeros despacha,

a pedirla por señora

de su reino, hacienda y casa;

y como fueron llegados

dentro en Cartago, declaran

a los senadores juntos

lo que su rey les demanda.

Estando suspensos todos

usaron de astucia y maña,

haciendo la relación

a Dido bien encontrada.

«Habéis de saber, le dicen,

que nos llama el rey Yarbas

para gobernar su tierra,

de que nos pesa en el alma,

porque ya que en mocedad

te seguimos, reina amada,

querríamos en la vejez

reposar en nuestras casas».

Alegre Dido responde,

maliciosa aunque engañada:

«amigos, si yo pudiera,

por vuestra quietud y holganza

digo que fuera a servir

por vosotros al rey Yarbás».

Todos juntos respondieron:

«tú fuiste juez de tu causa

presuponiendo que el rey

por su mujer te demanda».

La reina quedó suspensa

y aunque confusa y turbada,

respondió: «tres meses quiero

de tiempo, en el cual sin falta

daré respuesta del caso

como la razón lo manda».

Pasose, pues, este tiempo

con muchos juegos y danzas

y el postrer y último día

en una anchurosa plaza,

todo el pueblo congregado,

les dio la respuesta amarga,

diciendo: «leales amigos,

bien veo la grande falta

que os haré con mi ausencia,

pero del honor guiada

y por no faltar un punto

a la honra que me llama  
del ya difunto Sicheo,  
daré una muy buena traza  
con que vosotros quedéis  
libres, y yo quede salva  
a la demanda injusta  
del poderoso rey Yarbas,  
que será darme la muerte  
con esta luciente espada;  
y aun no lo hubo bien dicho  
cuando la vida remata,

y abriéndose el blanco pecho

dentre en la lumbre se lanza,

dándose muerte cruel

por morir honrada y casta.

Esta es; dice don Alonso

de Arcila, la historia clara

de la casta Elisa Dido

que murió por el rey Yarbas.

Todos quedan admirados

de ver con cuanta infamia

se atrevió el Mantuano

escribir cosa tan falsa;

y como al fuerte llegaron

procuran dar nuevas trazas,

para poder descubrir

do el Caupolicán estaba.

FIN

Séptimo romance  
Y prisión del Caupolicán

En un encubierto valle

de obscura selva cercado,

riberas de un hondo río

que riega el valle de Arauco,

lugar defendido y fuerte,  
de una gran peña amparado,  
rota y perdida su gente  
está el gran Caupolicán  
temerario y vergonzoso  
de volver ante el senado.  
Se recogió con diez solos  
diestros, pláticos soldados,  
a los cuales dice: «amigos,  
entretanto que descanso  
y doy remedio a mis males,  
recogeos a vuestro rancho

y ninguno se descuide

de lo que le está encargado:

mirad que la confianza

siempre acarrea gran daño».

Considerando el suceso

de el ejército araucano,

en su tienda recogido

sobre el codo reclinando,

lleno de imaginaciones,

honor, temor y cuidado

está, y al romper del día,

junto al alba el postrer cuarto

de súbito le rodea

un escuadrón castellano

que vinieron por la sierra,

de un guanacona guiados:

unos llegan por arriba.

otros entran por lo bajo:

procúranse defender

los araucanos soldados

y los que más se defienden

quedaban peor llagados.

Preso el gran Caupolicán

y los demás que han hallado,

entre los cuales se finge

ser ordinario soldado.

Ya que llevaban la presa

de gente, ropa y ganado,

y caminan para el fuerte

todo el castellano bando

llegó una india furiosa

por el monte en lo más bajo,

al parecer de valor,

de gentil donaire y trato,

y viendo al Caupolicán

dice: «hombre afeminado,  
do está aquel valor y esfuerzo  
¿que tenías tan sobrado?  
¿qués de tu ánimo invencible?  
¿qués de aquel terror y espanto  
que tenías y mostrabas  
contra el bando castellano?  
Dime por qué me trujiste  
con tan disfrazado engaño  
a la muerte y que padezca  
el hijo que has engendrado,  
el cual engendrar no hubiera

padre tan acobardado;  
y pues tus crecidos miembros  
tan mal los has empleado,  
cría tu hijo, cobarde,  
como mujer al regazo,  
que hoy tomaré de hoy más  
el nombre que tú has dejado,  
de hombre para morir  
no como mujer temblando.

FIN

Octavo romance  
De la prisión y muerte de Caupolicán

Herido el Caupolicán

escapó de la batalla,

y preso, que es lo peor

y lo que más le pesaba:

preso va en medio de todos

los que le llevan en guarda

con el rostro ceniciento

y la cabeza inclinada;

suspira de rato en rato

y aún entre sí se quejaba:

¿en qué te ofendí, Fortuna,

que así te muestras contraria?

acaba ya de seguirme

mira que no ganas nada,

que es honra en el rendido

(como dicen) dar lanzada.

¡Oh luz del ardiente sol,

para mi tan deseada,

cuán bien que habías comenzado

si tu curso así acabara.

Noble Senado de Arauco,

¿qué diréis de mi tardanza,

pues perdéis la libertad,

yo libertad, honra y fama?

Así estaba razonando

cuando le avisó la guarda

que ya no había remedio

por ser la sentencia dada;

pide digan a Reinoso,

capitán del Rey de España,

que le conceda licencia

para hablarle una palabra,

y habiéndosela otorgado

así comenzó su habla.

FIN

Octavas

Yo soy Caupolicán a quien Fortuna

puso en lo más alto de su rueda:

jamás se me negó cosa alguna

que un rey o gran monarca alcanzar pueda;

fui del valle de Arauco la coluna,

tuve de Chile el mando, en paz muy leda,

y agora soy un triste que a la muerte

me trajo la Fortuna y triste suerte.

Hice por mi valor temblar a Marte,  
diome de mil naciones la pujanza,  
hice con mi saber, industria y arte  
temblar al español, y su pujanza  
la puse por el suelo en toda parte,  
hasta agora que hizo tal mudanza  
el tiempo en mis victorias, que estoy puesto  
a pagar con mi muerte todo el resto.  
Por tanto, si clemencia en ti se halla,  
ilustre capitán, humilde pido  
revoques la sentencia que está dada,  
considerando el tiempo a que he venido.

Y porque en acabar esta jornada  
no acabas mas de un cuerpo ya rendido  
y habrá en mi lugar que me sucedan  
Caupolicanes mil que en Chile quedan,  
mira que evitarás guerras y daños  
que pueden suceder por mi venganza:  
harás con darme vida a los chilcanos,  
que sirvan a tu rey y sin mudanza  
darán la sujeción a los hispanos  
perlas, plata y fino oro en abundancia:  
y por me conceder lo que te pido

no dejará tu rey de ser servido.

El capitán español

a nada oído le daba,

y así mandó se ejecute

la sentencia que está dada;

el verdugo se allegó

desnudo y de mala cara,

al cual furioso arrojó

bien lejos de donde estaba,

diciendo, «corte mi cuello

alguna honrada espada

de tanto noble español

como mira mi desgracia».

Su atrevimiento reprimen

y presto a un poste le atan

a donde los ballesteros,

aunque con temor tiraban,

porque, aunque muerto le ven,

por vivo le figuraban

respecto del gran temor

que su vista les causaba.

FIN

Nono romance  
De la nueva elección de general en Chile, después de la muerte del Caupolicán

Después que pasó el pregón

de la voladora fama,

y ya que en Chile se supo

el suceso y mala andanza

del Caupolicán famoso

y su muerte desastrada,

el Consulado procura

que nueva elección se haga,

para que haya un caudillo

amparador de la patria;

para lo cual se ajuntaron

los caciques de más fama,

Tucapel, Ongolmo, Angol,

Cayocupil, Mareguano,

Mirapuc y Lebopía,

y Lincoya, de gran fama.

Puren llega y Lemolemo

con lucida gente armada;

Elicura, y Colocolo,

hombre que su edad anciana,

valor y saber en guerras

más que todos se adelanta,

el cual alzando la voz

les dijo: «porque la Patria

veis el peligro en que está,

diré muy pocas palabras.

Bien sé que estáis deseosos

del nuevo cargo que os llama,

y que cada cual pretende

le es debido el lauro y palma:

a lo que responderé

que pues la gente de España

nos tiene tan oprimidos

y mucha gente nos falta,  
es bien que con gran silencio  
la nueva elección se haga,  
y sea hecha en el varón  
que aquella viga pesada  
tuvo más sobre sus hombros  
fuera del muerto que falta».

Lincoya dijo: «yo soy  
aquel que más se aventaja,  
y el que más valor mostré  
en la elección pasada,  
pues sólo el Caupolicán

con seis horas de ventaja  
me ganó, después que treinta  
sufrí en mi hombro la carga».

Colocolo dijo: «pues  
con tanta ventaja gana,  
doblándole el tiempo a todos,  
si os parece, séale dada  
la silla de general,  
sin ser voluntad forzada».

Viendo la mucha razón  
con que el viejo anciano habla,  
dicen todos muy contentos:

«Lincoya lleve la palma».

El cual respondió «señores

pues que me encargáis tal caiga,

de que estoy agradecido,

escuchadme una palabra,

y es, que si acaso me viereis

en los convites y plazas,

no me hagáis la cortesía

que mi gran cargo os encarga,

antes como a un ordinario

soldado, me haced la salva;

pero si mi mandamiento

viereis por seña o en carta,

habeislo de obedecer,

so pena de mi desgracia».

El viejo anciano replica:

«justo es que así se haga,

y en nombre de todos doy

de obediencia la palabra».

FIN

En loor de Lincoya, nuevo general de Arauco  
Octava

Era Lincoya discreto y elocuente,

sabio, tratable, franco, valeroso,

Gentil hombre, astutísimo, prudente,

Gallardo, cortesano, manso, hermoso.

Sagaz, humano, pródigo, valiente,

Fuerte, guerrero, diestro, belicoso,

Ágil, membrudo, recio, corpulento,

De noble condición y entendimiento.

#### Octavas

En que se declaran las partes y calidades de Colocolo, gran consejero en el estado de Arauco

Era el gran Colocolo muy temido

del gran valle de Arauco y toda gente.

de prendas y linaje esclarecido,

en ciencias y virtudes eminente.

Del cual fue en todas artes instruido

el mas sabio chilcano diestramente,

al cual se le llegaba de corrida

el curso postrimero de la vida.

Era seco, delgado, renegrado,

calvo, amarillo, pálido, enfadoso,

cano, arrugado, mustio, carcomido,

flaco, tibio, decrepito, tembloroso,

impotente, gastado, consumido,

importuno, mugriento, rancilloso,

frío, débil, sin vista, desdentado,

viejísimo, inservible y corcovado.

Sin olfato, los pelos escarchados,

de entrambos los oídos muy tiniente,

consumidos los ojos, y quebrados

con espesas alhorzas, cara y frente;

los nervios y los órganos trabados,

tan débil y tan flaco, finalmente,

que el más pequeño miembro se veía

del cuerpo sin hacer anatomía.

Era junto con esto bien hablado,

en dichos y palabras sentencioso,

en cosas importantes remirado,

en trazas y artificios ingenioso.

En ciencias profundísimo letrado,

en públicos consejos receloso;

grave, severo, pródigo, elocuente,

en juntas y disputas excelente.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

